

## SE SUSCRIBE

en la administracion,  
calle de los Caños,  
núm. 4, cuarto prin-  
cipal izquierda.

Saldrá, lo ménos,  
cuatro veces al mes.

Número suelto:  
cuatro cuartos.



## SUSCRICION.

Empieza desde 1.º del  
mes en que se haga.  
Importe adelantado.

MADRID.  
Un trimestre, 6 rs.

PROVINCIAS.  
Un trimestre, 8 rs.

ESTRANGERO Y ULTRA-  
MAR.  
Tres meses, 12 rs.



# LAS ANIMAS

PERIÓDICO JOCO-SÉRIO Y ALGUN TANTO REACCIONARIO.

## EL CONGRESO POR DENTRO.

LAS ANIMAS, tenían grandes deseos de saber lo que pasaba dentro del palacio de las Cortes, desde que presenciaron lo que sucedió a la parte de afuera el día de la manifestación mujeril.

Habían oído decir que dentro de aquel suntuoso edificio residía la soberanía nacional, el pueblo-rey, el soberano de la Nación.

Movidas de una invencible curiosidad, LAS ANIMAS no perdonaron medio para lograr penetrar en aquel augusto recinto.

Pero todos fueron inútiles.

Se presentaron en la puerta principal y un portero, galoneado de oro, les dió el terrible *¡atras!* diciendo que no podían entrar porque no eran diputados.

¿En qué lo ha conocido V.? preguntaron LAS ANIMAS.

En que traen VV. guantes, les contestó.

Subyugadas por la lógica de aquel individuo, LAS ANIMAS se encaminaron a la puerta de la calle del Florín.

No se puede entrar *¡atras!* les dijo el uger.

¿Por qué?

Porque no son VV. ex-diputados.

Aquí están las tarjetas.

Identifiquen VV. sus personas.

LAS ANIMAS, que tienen un entrañable afecto a las personas dentro de las cuales caminan, prefirieron no satisfacer su curiosidad a identificar en tiempos de libertad sus entidades reaccionarias.

Volvieron otro día con tarjeta para la tribuna de orden y no hubo asiento para ellas porque no eran amigas del uger.

Todavía probaron el último esfuerzo, presentándose a la puerta de la tribuna pública.

Esfuerzo inútil. La gente de chaqueta tenía en aquella puerta que ceder la preferencia a la que no llevaba chaqueta, y la de levita a los unos y a los otros.

LAS ANIMAS perdieron, por consiguiente, la dulce esperanza de penetrar en el cuerpo colegislador.

Las Cortes deben ser un cuerpo sin alma, como el Estado, según la opinión de Castelar.

Sabido es que un cuerpo sin alma es un cuerpo muerto.

Y como las Cortes son el Soberano de la Nación, la corona de España brilla sobre la frente de un cadáver.

Resueltas a todo trance LAS ANIMAS a saber por si mismas lo que pasaba dentro de aquel cuerpo, apelaron a los recursos del ingenio. Idearon introducirse en el cuerpo de un diputado.

Cierto olorillo a azufre, que pudo muy bien ser el aroma de la impiedad, les hizo huir del corazón y de la cabeza de los diputados constituyentes.

Inútil es advertir que tampoco encontraron cabida en estómagos que están completamente repletos.

LAS ANIMAS, por necesidad, se refugiaron en el bolsillo del señor Figueras, que tuvo la falta de caridad de sacarlas a relucir en la sesión del martes.

Favor por favor.

LAS ANIMAS dieron pretexto al Sr. Figueras para que él, enemigo de los reyes, anatematizase el regicidio, dejando a los neomonárquicos la inhumana tarea de censurar su anatema.

El Sr. Figueras en cambio dió ocasión a LAS ANIMAS de observar lo que pasaba dentro del Congreso.

Lo primero que LAS ANIMAS observaron fué que ninguno de los señores que allí había tenía trazas de Rey pretérito, presente ni futuro.

Sin embargo, como les habían dicho que allí estaba el Monarca español, dudaron si el Monarca sería un D. Nicolás que ocupaba el sitio de preferencia.

A juzgar por el ademan y el gesto, más bien parecía un emperador ruso, que el presidente de una cámara liberal.

Debía ser aficionado a los espíritus, y sobre todo a los espíritus puros, por la cariñosa sonrisa con que oyó pronunciar el nombre de LAS ANIMAS.

No llevaba cetro ni corona; pero empuñaba una campanilla de plata y golpeaba con tal furia con ella sobre el bufete para llamar



al orden ó á la cuestion á los diputados, que LAS ANIMAS quedaron encantadas de sus finísimos modales.

A su derecha habia un banco azul, en cuyo respaldo se notaba que habian arrancado las armas de España, y al cual no se le veian los pies, por lo que LAS ANIMAS dudaron si los tendria encima ó debajo.

En dicho banco se sentaban, además de otros señores, tres militares, de los cuales el uno era muy feo, el otro decian que habia sido hermoso y el tercero tenia pretensiones de bonito.

Los dos primeros dormian con el mayor respeto mientras el otro enseñaba el estómago, ceñido con una faja, en que brillaba un entorchado provisional entre dos entorchados reales.

A la espalda de estos señores, se sentaban otros que *bramaban* de verse juntos, los cuales componen la comision del proyecto de constitucion.

Uno de ellos, llamado Becerra, *hablaba*.

Decia, entre otras cosas, que *los judios son una cosa muy buena*, lo cual era oido con mucho gusto por los Diputados cristianos y por LAS ANIMAS.

LAS ANIMAS saben que los judios fueron el instrumento de la redencion del mundo y siempre consideran mejores esos instrumentos que los que sirven para la regeneracion de España.

Una hermosa criatura, jóven y gorda, sentada á la derecha del orador, le comunicaba á este con amor filial ideas y palabras.

LAS ANIMAS comprenden lo que puede ser, respecto á elocuencia, el hijo de Becerra, que tambien habla.

A la izquierda del presidente, que es el lugar que ocupaban LAS ANIMAS, como si LAS ANIMAS fuesen de oposicion, estaba la *montaña*, amenazando constantemente á la *llanura*.

Enfrente de la *montaña* los sacerdotes católicos alzaban sus manos para bendecir *el llano y el monte* y pedir á Dios que iluminase el entendimiento del soberano, del que ellos eran *la conciencia*.

LAS ANIMAS, que eran *almas en pena* desde que entraron en el Congreso, se convirtieron en *Animas benditas*, y salieron bendiciendo á Dios y sin haber besado la mano del soberano popular.

### LOS TRIUNVIRATOS.

El hombre es un animal que nada aprende, ni se le da nada de nada: por eso cualquier animal de su especie, aun cuando sea un catedrático de Historia, puede decir con la mayor frescura del mundo cuantas falsedades, vaciedades y necedades se le vengán á su cerebro vacío.

A nadie importa lo que pasó: para nada le ha de servir. Por eso Satanás, padre de la mentira, no pone jamás la verdad en los labios de sus seides, siervos y esbirros; sino que les inspira el canto de la Sirena, es decir, música, engaño y mentira.

Con estas tres cosas consigue todo Luzbel, porque al hombre se le adormece y engaña.

Eso hizo con un silbo la serpiente en el Paraíso. Las serpientes de ahora silban con todos sus pulmones; y parece á los necios que ellas raciocinan, cuando solo tararean música infernal.

El hombre no aprende jamás; lo mismo les pasa á los pájaros: corren presurosos á morir en las propias redes en que ven prisioneros y desesperados á sus hermanos, padres é hijos.

El atun va siempre á la almadrava en que se le ha de coger, descuartizar y salar.

A propósito de *atun*, ¿vamos á tener *triumvirato*?

Los catedráticos de Historia se guardarán bien de enseñar qué es un *triumvirato*.

Un *triumvirato* son tres personas distintas que cada cual quiere ser un solo dios verdadero.

Es una cosa que empieza en un abrazo y acaba en un dogal.

Suele ser un cerco de fuego con tres alacranes que se persiguen

los unos á los otros, llegando á matar á dos el más valiente, y dándose al fin él mismo la muerte si no encuentra la salida.

Un *triumvirato* no es un compuesto de tres simples, sino de tres.... ingredientes, á saber: soberbia, avaricia y envidia. Miren si entra tanto en la pólvora, ¡y hace volar un pueblo!

Si un catedrático de Historia, supiese historia, ya habria leído en Velejo Patéreculo: «Era cónsul Cayo César cuando formó con Pompeyo y Craso aquel *triumvirato*, aquella poderosa liga, que fué la ruina de Roma, del mundo y de ellos mismos, bien que en diferentes tiempos.»

Toda la tierra padeció en sangre, lágrimas y muerte la union de aquellos tres malvados execrables.

Se unieron en nombre de la libertad y entronizaron la servidumbre.

La bandera de la libertad habia enarbolado tambien, antes, el ambicioso Mario, cuando en edad de más de setenta años le parecian todavia pocos todos los cargos y honores de la república, y no consentia que á su lado nadie le hiciera sombra.

Sila tambien victoreaba contra Mario á la libertad, cuando hacia correr á torrentes la sangre de los ciudadanos romanos.

El catedrático de Historia, si la hubiera estudiado, no pasaria en silencio las notables palabras del historiador romano: «Sila fué primero, ojalá sea el último, que contra la libertad inventó la proscripcion, para que allí donde se sufrian los atrevimientos del cómico vejete, desvergonzado y ridículo, se diesen premios por la persecucion y muerte de los hombres más honrados y virtuosos.»

«¿Quién podia extrañar ya que juntándose 64 toreros quisieran esclavizar la república, y llegasen á reunir hasta cuarenta mil hombres y presentasen con ellos la última batalla al aguerrido ejército romano?»

La ambicion, la avaricia y la envidia, fué quien vició en Roma las costumbres, quien forjó las cadenas de la esclavitud desde los Gracos hasta Sila, desde César hasta Octaviano.

Pues á los romanos nada enseñó la pasada experiencia.

Una idea inmoral formó despues el *triumvirato* de Octaviano, Antonio y Lépido: esto es, la union de tres bribones, de un astuto y desalmado; de un envidioso y feroz; de un vanidoso, cobarde é indigno.

¿Y qué fruto cogió el siempre adulado y siempre engañado y vendido pueblo?

Este *triumvirato* acabó con la libertad y enjendró el monstruo horrible y feo de la monarquía democrática, es decir, las fórmulas de la libertad con la tiranía de un déspota; el vano nombre del senado y pueblo de los cónsules y tribunos; y el bestial imperio de los Tiberios y Calígulas, de los Nerones y Vitelios, de los Domicionos y Heliogábalos; es decir, de las bestias más repugnantes y feroces que la naturaleza ha producido.

Un *triumvirato* es el símbolo de la debilidad y de la cobardía de los ambiciosos: el valiente acomete solo y de su cuenta y riesgo una empresa; el cobarde y traidor se junta con los traidores y cobardes para caer sobre el descuidado é inerme.

Pero, ¿á qué cansarse? El hombre es un animal que nada aprende. ¿Para qué hemos de hacer historia?

Como los cuervos que han de devorar los cadáveres preceden á los ejércitos, y los tiburones van delante de la nave en deshecha borrasca, así los *triumviratos* con este ó aquel nombre preceden á las grandes crisis de los pueblos, á sus espantosas catástrofes.

En la ruina de la república é imperio romano, en las alianzas feudales de la edad media, en la frenética locura de Francia en el siglo anterior, un *triumvirato* fué el tiro de leva de la razon, de la justicia y de la libertad; la señal de la persecucion y ruina de todo lo justo, y noble, y virtuoso y grande; la hora de la prueba; el triunfo del infierno contra el cielo.

¡Ay de la independencia de los pueblos, cuando los pigmeos, los histriones y los gladiadores han de constituir el *triumvirato*!

Cuando los tres hijos de Witiza se unen, Africa oprime con el yugo de la esclavitud á España, sin que lo pueda romper en ocho siglos.



Ya lo ha dicho un gran poeta:

Audaz la infamia, el criminal impune,  
premiado el vicio, la virtud con luto,  
en muerte y perdición cójese el fruto  
del lazo vil que á los malvados une.

## LA LIBERTAD DE IMPRENTA.

### Seguidillas.

La libertad de imprenta

Tiene dos caras,

La una mira al que escribe,

La otra al que manda.

Y es la primera

Tan cándida y hermosa

Cual la otra fea.

«Escribe libremente»

Dice la una:

Mas escribes y luego

La otra te asusta.

Pues la justicia

Anda por esos mundos

Muerta de risa.

Escribe iniquidades,

Promueve escándalos,

Insulta á Dios, blasfema,

Que no hay cuidado.

Mas tente, niño,

Que te baldan, si escribes

Contra un ministro.

Escribe un moderado...

¡La cara mala!

Pero lo hace un demócrata,

¡Cara de Pascuas!

Y esto es tan cierto,

Como que Villoslada

Fué al Saladero.

Libertad para todo

Tiene mi patria.

Pero al que me critique

Le rompo el alma.

¡Viva la Pepa!

¡Vivan las libertades

De la cadena!

Venga el tifus, el cólera,

Calor del hígado,

Un torozon manchego

Y hasta el moquillo.

Venga el infierno;

Pero de liberales

Libreme el cielo.

## EL PÚBLICO DE LA TARDE.

De él decía un mal cantor italiano, cuando le aplaudia á todo rabiár: «Es un público muy *yusto*».

No diremos nosotros que es justo, pero si un público de fácil contentar.

El público de la tarde en los teatros lo mismo aplaude un drama terrorífico y espeluznante, que una filosófica comedia de Calderon, que la clásica comedia de Moratin; en su instinto, no obstante, dá la preferencia al drama espeluznante.

Lo mismo aplaude las notas de una chillante prima donna, que las purísimas

salidas de la garganta de la Patti; lo mismo á List, dando vida y sentimiento á las teclas de su piano, que á un estrepitoso concertista de cornetín.

Y más le encanta el músico, cuanto más atruena sus oídos.

Público de la tarde, es la gran mayoría del Congreso y de los asistentes á las tribunas.

Solo el público de la tarde podria tolerar al bufo Arderius de la Cámara, vulgo Sr. Orense.

Pero la *justicia* del público de la tarde nunca rayó tan alto como cuando, en la del 12, el saboyano de la cámara, Sr. Castelar, se presentó en el escenario y tocando el organillo, mezcló himnos patrióticos con las más rabiosas sonatas protestantes.

El instrumento estaba descompuesto, absolutamente descompuesto.

El *fá* no era *fá*, ni el *sol*, *sol*; pero aquella *solfa* entusiasmó al poco delicado auditorio más que al mejor pianista.

Todo allí era obra de la máquina, nada de buenos estudios; las piscias abundaban; pero el instrumento sonaba fuerte, llevaba el compás, producía periodos cadenciosos y la música era liberal, muy liberal.

¡Qué más para entusiasmar á un público que aplaude las insulsezas de los teatros bufos, el can-can y las iliterarias piezas de circunstancias!

El público aplaudió á rabiár el organillo; el público se entusiasmó.

No todo el público; gentes estábamos allí, que llorábamos á lágrima viva al presentar aquel triunfo de la audacia y de la impiedad.

¡Estos son legisladores! nos decíamos... ¿Qué se sabe aquí, donde se falsifica la historia en sus más conocidos periodos y las inteligencias no demuestran indignación?

¿Qué se sabe aquí donde se toma por orador á un ruseñor ó á un canario, donde son gratos á los oídos hasta los graznidos del ganso, si los graznidos son impios?

Aquello no era una Cámara de católicos; ni siquiera una Cámara protestante; en ella se habría sabido distinguir. La imaginación nos hacia creer habernos trasladado al infierno y que Lucifer y los demás ángeles arrojados del cielo por su soberbia mostraban su diabólica complacencia, oyendo aquel cúmulo de blasfemias y falsedades.

¿Vive la madre del Sr. Castelar? ¿vive la piadosa señora que con maternal ternura le enseñaría á balbucear el Credo, el Padre nuestro y la Salve á María Santísima?

Nó, no debe vivir; el Sr. Castelar (que fué católico en su niñez y en su juventud por dar gusto á su madre, segun ha dicho públicamente) por depravado que tuviera el corazón no había de querer asesinar á su madre!

No había de tener valor para arrastrar las maldiciones de una madre al desgraiciado fruto de sus entrañas.

No cree en la gloria, no tiene el gran consuelo de creer piadosamente que su madre está en la gloria, porque si hubiera podido creer que su madre desde el cielo le oía y miraba, las palabras se hubieran helado en su garganta en la tarde del 12.

¿Ha rezado el Sr. Castelar, en la inocencia de su niñez, una Salve con verdadera devoción á María Santísima? Nó, no la ha rezado! si la hubiera rezado, la virgen no podria haberle dejado tan fuera de su manto divino!

Pero los triunfos de la verdad son durables; los del orgullo, los de la impiedad, efimeros.

A los abrazos de la víspera sucedieron las rectificaciones del Sr. Manterola en el día siguiente, y bajo ellas quedó abatido el orgullo del Sr. Castelar.

Habló despues el sucesor de los Apóstoles; habló la voz de Dios; habló la ciencia, habló la verdad; y habló con el amor del padre, con la dulzura del hermano, con la unción del Sacerdote, con el candor del niño, con la ingenuidad de la inocencia, con la purísima dicción del académico, con el acento de la mejor herida tecla, con la dignidad del hombre, con la altura de un gigante.

A las primeras palabras ya se habia atraído el corazón de sus oyentes; despues de las últimas caían á sus pies arrodillados y besaban el anillo, con los ojos aun preñados de lágrimas, los poderosos y los humildes, los revolucionarios más recalcitrantes; hasta los Ministros. ¡El corazón les pedía abrazos; pero el respeto les impedía solicitarlos y los besos se daban más en la mano de Prelado que en el simbolo de la dignidad.

¡Qué ovación al salir, dentro del Congreso mismo! ¡Qué séquito, fuera, de diputados y no diputados! ¡Qué numerosos grupos delante de su casa, contemplando solo las paredes que albergaban al Apóstol.

Las visitas no le han dejado un punto. ¡Y en qué número! ¡Y de qué calidad!

Los mismos diputados revolucionarios, que antes parecia mirarle con desden, tambien le han ido á ver para asociarse al triunfo de la verdad, de la virtud y del talento.

¡Cuánto vale el talento acompañado de la piedad! ¡Qué triste don el que lleva al error!



Al día siguiente fué igual el triunfo del Obispo. Enfermo, tuvo que retirarse. Ni en su ausencia ha habido nadie que diga cosa que aquel tenga que rectificar.

¿Quién puede disputar con Dios? ¿Quién con su enviado?

El Sr. Castelar se levantó, no á hablar, sino á leer para probar algunas de sus aseveraciones, y, lejos de conseguirlo, dejó probada la falsedad.

Jamás hemos visto papel más triste; pudo notarlo en los mismos semblantes de sus correligionarios, á quienes no debió la menor prueba de asentimiento.

Rumores solo de desaprobación pudieron llegar á sus oídos.

«No hay tal cabeza presentada al Pontífice; no hay tal encíclica de Inocencio III; no hay tal carta de San Pío V»; le había dicho el día antes el señor Manterola.

«Mañana vendrá» contestó tres veces la soberbia del Sr. Castelar.

NADA VINO...! Esta debe ser la suerte de las profecías repetidas tres veces.

¡Triste papel! un mentís en acto tan solemne sobre puntos de historia á un catedrático de historia... aquella triste confesión «en un punto me he equivocado» es la última ignominia para tan pretencioso profesor.

El Sr. Presidente, Rivero, le echó la capa, poniendo freno, (con un tanto de aspereza) á las rectificaciones del Sr. Manterola.

Compadecemos al Sr. Castelar; felicitamos á los Sres. Obispo de Jaén y Manterola; felicitamos á la Iglesia Católica: su triunfo moral ha sido completo; pero no nos atrevemos á hacernos ilusiones.

El Ayuntamiento no ha asistido este año á las funciones de Semana Santa. No se ha celebrado oficialmente el Domingo de Ramos. El Congreso, personificación de este Estado, *que se quiere sea ateo*, lo celebrará acaso votando la destrucción de la unidad religiosa. Será el modo de crucificar moralmente al ilustre Prelado, á quien en los días 13 y 14 recibió y acompañó con palmas y olivas.

## LAMENTOS, LLAMARADAS Y CABOS SUELTOS.

Amostazado tiene al fraile Gilito, Rector de la universidad, R. Padre Castro y Pajares; su biografía inserta en *El Museo Universal* del 4.

¿Por qué, hermano?

¿No es su paternidad pieza digna de un Museo?

¿Se puede imaginar su paternidad que se ha dicho nada que no fuera notorio?

Juzga su paternidad que se ha pronunciado ya sobre su vida y memorables hechos la última palabra?

Nó, padre; la mejor se suele quedar por decir.

¿Es el enfado lo que le impide pronunciar la oración fúnebre del 2 de Mayo?

Es lástima porque, comparada con el sermón de las Monjas de Alarcón, nos hubiera dado su reverencia la cara y cruz de la medalla.

Y á propósito de medalla. ¿A qué Catedrático de filosofía toca ahora quitársela.

Ya fué víctima el Sr. Gonzalez Andrés, y otro se dice que está en puerta.

La Facultad y su referencia parece que quieren hallar puntos de analogía entre su biógrafo Sr. Rivero y Santa Teresa de Jesús.

El ser doctor y escribir bien á la vista están; pero además se le quiere suponer iluminado por Espíritu Santo.

Para las amarguras del espíritu, exposiciones de estudiantes.

No se podían firmar en favor de la Reina, pero bien se puede recoger firmas en favor del Rector.

De la redacción pudiera encargarse el Sr. Bardon.

«No le mana, no le mana, canalla infame, eso que decís»: con eso que diga la exposición basta.

¡Ay, fray Fernando! Que la antigua simpatía con absolutistas y prelados se había convertido en odios, ya lo sabíamos.

Se hace su paternidad demócrata y le *biografía* un hijo del Presidente de las Cortes Sr. Rivero.

Esto solo querrá decir que su reverencia es tan grande, que no cabe en ninguna parte.

¡Ay, padre rector! ¡qué tragos le va dando la Facultad de medicina!

Tragos de hiel y vinagre.

Pero peor les ha ido á los estudiantes con los voluntarios.

Al fin la cosa no ha pasado de unos cuantos alumnos heridos por armas liberales y alguna manifestación.

Se coje el fruto del orden, de la disciplina, del facilitar los templos de la ciencia para todo género de usos.

Tú lo quisiste

fraile mosten,

tú lo quisiste

tú te lo ten.

En la universidad de Valencia da también sus frutos el árbol benéfico de la libertad setembrina.

Acaloradas cuestiones, vivas y muertas en opuestos sentidos,....

Silbidos y voces,....

Dagas y revolvers,.... ¡Qué chicos sacaremos! ¡Qué esperanza para la patria!

¿Con que al fin la gloriosa ha tenido que levantar el cadalso?

¿Dónde hubiera acabado de ir á parar la disciplina militar indultando al asesino de su cabo en Mallorca y del capitán Babiloni?

Si el hombre se deja cortar el miembro podrido ¿cómo ha de poder dejarlo de hacer la sociedad!

Pero entretanto que se discute la conservación ó abolición de la pena de muerte, si el infeliz, confiado en el indulto, no se puso bien con Dios para el trance ¿Qué habrá sido de su alma?

¡Desgraciado!!!

*El Universal* no se contenta ya con la *incantación* de las alhajas de las iglesias.

Quiere que se derriñan y se hagan pesetas.

No le falta pedir más que el que se las metan á los situacioneros en el bolsillo.

Bajo creemos que está el termómetro de la honra de la España revolucionaria.

Pero no tanto que podamos creer cierto el veto que se dice han puesto los Yankees al general Dulce para no poder hacer justicia en los sublevados, si son súbditos de los Estados-Unidos.

Tal bofetada no la toleraría ni la España de Setiembre.

Prueba teníamos ya del influjo que el Gobierno ejerce sobre el parlamento cuando vimos que para admitir una proposición le bastó que se opusiese el señor Sagasta.

El Ministro estuvo á punto de salir del Gabinete; pero al fin humildemente se resignó al desaire.

Ahora le ha tocado al Sr. Romero Ortiz darnos otra prueba. Ha bastado que el Ministro opinara que se tomase en consideración la de restablecimiento de los Juzgados suprimidos por el Sr. Arrazola, para que la Cámara se haya tornado reaccionaria y desechase la proposición por 110 votos contra 54.

¿No hacen los Ministros viajes á los puntos en que se inauguran ferro-carriles ó otras grandes obras para presidir y autorizar la solemnidad?

¿Pues por qué no ha ido el Sr. Romero Ortiz á Valencia á ver celebrar actos de su Ministerio al Obispo anglicano de Gibraltar?

Sus ocupaciones se lo habrán impedido, ¿cuánto sentimos que se haya visto privado de tan justa satisfacción!

¿Pues no tiene á estas horas *La Iberia* la frescura, al criticar la política que supone al César francés respecto de España, de decir que *cuadra mal* con la opinión del pueblo francés que ansioso contempla con admiración y respeto nuestra marcha revolucionaria!!

La ansiosa sería *La Iberia*, y como se encuentra harta, vé las cosas tan de color de rosa.

Fuera de los turroneiros, no habrá alma viviente que lo lea, que no suelte la carcajada.

Dice San Agustín:

«¿Que peor muerte puede tener el hombre que la libertad de errar?»

El texto no será de tanta autoridad para los liberales como cualquiera de Volney ó de Rousseau.

Pero es verdad, y es del primer doctor de la Iglesia.

Ha sido objeto de censura por parte de algunos *patriotas* que el Ministro de Ultramar besase humildemente el anillo al Sr. Obispo de Jaén.

En cambio esos mismos *patrioter*os serán amigos ó conocidos del Sr. Coronel y Ortiz y le dirán todos los días «Beso á V. la mano.»

Nosotros hemos observado que este Sr. Diputado acostumbra á limpiarse las narices en el Congreso con el revés de la mano derecha.

Suponemos de buena fé que se lavará las manos con jabón todos los días.

Pero, por si acaso, aconsejamos á nuestros lectores que besen más bien que la mano del Sr. Coronel y Ortiz, con lo cual se exponen á perder el estómago, el anillo del Obispo, con lo cual ganan indulgencias.